

tante instruído, que habla bastante bien, breve, de mediano mérito: «Parto.

—¿Antes de las vacaciones? ¿A dónde va Ud.?

—A mi casa, a causa de la elección de R...

—Es dentro de quince días. Ud. tendrá siempre tiempo de votar.

—¡Oh! ¡pero la campaña electoral! R... está muy discutido. Tiene necesidad de que se le ayude».

El iba a ayudarle. Evidentemente se inquietaba mucho más de las elecciones que de los cursos. Si hubiera pertenecido a la oposición, los informes de su rector hubiesen dicho: «Un poco negligente en su servicio. Casi sólo se ocupa de política». Pero no era de la oposición; quería llegar a ser rector: tengo el placer de comunicar a los lectores que lo es ya.

Inútil es decir que en los países de este género el cuerpo de institutores no puede ser más que un ejército de agentes electorales. Todo les empuja a ello. Su propia pasión; la necesidad; en fin y sobre todo, el momento que llega siempre, en que el prefecto, que es su verdadero jefe, y el rector de hace poco, les exigen ayudar a R... que está muy discutido. En los países donde existe la enseñanza del Estado, el cuerpo docente tiene sobrada razón de ocuparse más de política que de enseñanza.

—«¡Tanto mejor!»—dirá un diputado. Los diputados no razonan de otro modo; y cuando son cándidos no hablan de otra suerte.

Supóngase que el cuerpo docente sea la creación y la obra de una o varias asociaciones de ciudadanos libres. Supóngase que, por ejemplo, en Francia la burguesía filosófica hubiera, a fines del siglo XVIII,

creado una enseñanza laica, del todo independiente de los Jesuitas, de los Religiosos y de los obispos, lo mismo que del gobierno. El gobierno, que entonces no se mezclaba en absoluto en la enseñanza, y ya se sabe que el antiguo régimen era mucho más autoritario que los gobiernos modernos, no habría pensado, en un momento dado, crear en todas sus piezas una enseñanza laica, y nosotros tendríamos en Francia un cuerpo docente laico, poderoso, rival del de la enseñanza eclesiástica, lo que estaría bien; pero que no estaría en las manos del gobierno, que no estaría intoxicado de política, que no estaría compuesto de algunos adversarios del gobierno paralizados por la sospecha, de muchos ambiciosos conducidos a hacerse agentes del gobierno para medrar y de una gran mayoría en fin que no perteneciendo a éstos ni a aquéllos, hace negligentemente su tarea, porque sabe que no es el hacerlo bien lo que de ordinario conduce a alguna parte; un cuerpo docente en fin, que estaría mantenido por sus fundadores y apoyado en arbitrios y recursos propios y particularmente en esto en que sus fundadores y sostenedores tendrían lo más: en la práctica escrupulosa de su tarea y el culto desinteresado de la ciencia, de las letras, de la filosofía, de la historia, de las artes, de la verdad y de la belleza. Habría algunos inconvenientes: lo creo, pero de ningún modo los que acabo de señalar, que son los más graves.

—Pero nosotros no tenemos el espíritu de asociación ni el arte de asociarnos.

—Los países donde no existe el espíritu de asociación ni el arte de asociarse son los países en donde